

# Esperanza



M. A. LÓPEZ BURGOS

Dentro del conjunto de palabras que forman el caudal de un idioma existen algunas que, a semejanza de lo que ocurre con ciertos seres, tienen un don especial gratuito, una especie de carisma que les otorga poderes de sugestión, de fascinante atractivo por la idea-frecuentemente difusa y poco comprendida- que contienen o representan.

Tal sucede con "*libertad*" o con "*esperanza*", por ejemplo. A causa de los ilusionantes sentimientos que suscita la primera -confusos, vagos, inconcretos, difícilmente realizables en un mundo tan sometido a presiones y manipulaciones- se ha vertido tanta sangre y derramado tantas lágrimas, que debiera haber perdido ya su fragilidad e inconsistencia.

No ocurre eso con la segunda. La esperanza tiene consistencia real, arraigo férreo en la conciencia de toda persona y des-

prende energía tan fuerte como para mantener encendida la ilusión del hombre, pese a los avatares adversos, a los infortunios, a los zarpazos con que la vida, en ocasiones, desgarran nuestro cuerpo y nuestra alma.

La esperanza -convencimiento de que nuestros deseos son posibles- es como el combustible que mantiene en marcha el motor que nos impulsa y conduce hacia la meta que, en la lejanía cual rutilante estrella, nos atrae y seduce con sus brillantes guiños. Sin ella, sin la esperanza, el mundo sería algo penoso, duro, incómodo, incomprendible. Sobre todo cuando inquirimos el para qué de todos los esfuerzos, sin sabores e inquietudes que el hecho de vivir comporta y buscamos su sentido. Sin la esperanza -fruto de la fe- todo se ensombrece y adquiere el desagradable tinte trágico de lo absurdo; porque no hay tragedia mayor que no entender el fin para el que nacimos y existimos, es decir, cuando nos olvidamos de Dios. Sólo Él es capaz de despejar las nieblas de nuestra torpe inteligencia y, con su luz ahuyentar las oscuridades que nos rodean y hacen temblar; sólo Él puede eliminar la angustia que nos oprime, otorgándonos la virtud de la esperanza. Eso es lo que nos sugiere y ofrece, cada año, la Semana Santa.

MIGUEL MOLINA RABASCO